

EL PRIMO DE PARIS.

Carlos Grandet gallardo joven de veinte y dos años, producía en aquel momento un singular contraste con los provinciales que le rodeaban, á quienes sus modales aristocráticos resentían algun tanto, mientras que para mofarse de él se lo estudiaban aquellos. Esto requiere una esplicacion.

A los veinte y dos años los jóvenes estan todavía asaz vecinos de la infancia para dejarse arrastrar por puerilidades. Así pues no se hubiera encontrado quizá entre cien jóvenes uno que no se hubiese conducido femenino y coquetamente como Carlos Grandet. Algunos dias antes del de esta reunion, su padre le

habia dicho que pensaba enviarle á pasar algunos meses con su hermano de Saumur. M. Grandet de Paris quizá entónces pensaba ya en Eugenia. Carlos que iba á vivir en Provincia por primera vez, pensó presentarse con la superioridad de un jóven á la moda y desesperar con su lujo á todo el pueblo que habitase, formar época en él y llevarle las invenciones de la vida parisiense. En fin, para decirlo todo en una palabra, quería pasar en Saumur mas tiempo en limpiarse las uñas que no en Paris, y afectar el excesivo rigor de lujo que á veces un jóven elegante abandona por negligencia y que no carece de gracia.

Así pues, Carlos llevó en su equipaje el mas bonito vestido de caza, el mas bonito fusil, el mas bonito cuchillo, con la mas bonita vaina de Paris. Llevóse su coleccion de chalecos los mas ingeniosos: teníalos grises, blancos, negros de tornasol, de color de escarabajo, de color de paja, chinescos, dobles, de cuello alto, de cuello doblado, abiertos y abotonados de arriba á bajo, con botones de oro, etc. No olvidó ninguna variedad de cuellos y corbatas que estuviesen en boga entónces; llevóse dos vestidos de Staub, su ropa blanca mas fina y la hermosa *toilette* de oro que su madre le habia regalado. En una palabra llevóse todas las chucherías de *dandy*, sin olvidarse de un hermosísimo tintero, regalo de la mas amable de las mujeres, para él por lo menos, de una gran señora que él llamaba Anita, que á la sazón viajaba marital

y fastidiosamente en Escocia, víctima de ciertas sospechas, á las que habia sido preciso sacrificar momentáneamente su dicha; y luego una buena cantidad de papel superfino y muy bonito, para escribirla una carta cada quince dias; en fin, un cargamento de futilidades parisienses, tan completo como le habia sido posible, entre las que se encontraban todos los instrumentos aratorios de que se sirve un jóven holgazán para labrar la vida, contando desde el látigo con que se empiezan los desafíos, hasta las cinceladas pistolas con que se terminan. Como su padre le habia dicho que no se llevase á su ayuda de cámara, fué á Saumur solo, en el *coupé* de la diligencia, que se habia guardado para si solo exclusivamente, y no quiso estrenar un hermoso coche de viaje que se habia mandado hacer para ir á recibir á su Anita, la gran señora que... etc. En el prócsimo junio debian reunirse en las aguas de Badeu.

Carlos pensaba encontrar cien personas en casa de su tío, cazar mucho en los bosques, por fin pasar una vida de castillo. (10) Por cierto que no sabia encontrarlo en Saumur, pues no se habia informado de él mas que para preguntar el camino de Froidfont; y para presentarse regularmente, se habia hecho el tocado de viaje mas coquetillo, menos retocado, *mas adorable*, para valernos de la palabra que estaba entónces en boga para reasumir las perfecciones especiales de una cosa ó de un hombre. Un peluquero

le acababa de rizar en Tours los cabellos castaños, allí mismo había mudado de ropas menores y puéstose una corbata de raso negro bien combinada con un cuello de camisa redondo, de modo que adornase agradablemente su blanca y risueña cara. Conforneábale el talle una levita de viaje medio abotonada, que dejaba ver un chaleco de cachemira sobre otro blanco. Su reloj negligentemente metido en una faltriquera, se unia á un ojal, por medio de una cadenilla de oro: su pantalon ceniciento se abotonaba por los lados, cuyas costuras estaban adornadas de dibujos bordados con seda negra: luego llevaba una caña cuyo pomo de oro no alteraba nunca la frescura de sus guantes amarillos, y su gorro era de un gusto delicado.

Un parisiense, y solo un parisiense de la esfera elevada, podia ajenciarse asi sin parecer ridículo y dar cierta armonía de fatuidad á esas frivolidades, que iban acompañadas por otra parte de un aire de importancia y orgullo, el aire de un jóven que tiene hermosas pistolas, buena puntería y una Anita.

Si ahora se quiere comprender bien la sorpresa respectiva de los saumurenses y del parisiense, y ver la viva luz que la elegancia del viajero echó entre las obscuras sombras del salon y de las figuras que componian el cuadro de familia, represéntese cualquiera á los Cruchot. Los tres tomaban tabaco y hacia rato que no pensaban en que el polvo que

les caia de los dedos ensuciaba sus rojizas camisas de cuellos altos y de pliegues amarillentos. Sus corbatas flojas se ponian hechas una cuerda en seguida que se las ataban y como la enorme cantidad de ropa que tenian, les permitia no hacer colada mas que de medio año en medio año, el tiempo la imprimia sus tintes cenicientos y viejos. En los tres habia un dejo de mala gracia y de senectud que se dejaba vislumbrar desde luego, y sus caras, tan marchitas como rapados sus vestidos y tan rugosas como sus pantalones, parecian gastadas, contraidas y como que hiciesen muecas.

La negligencia jeneral de los demas vestidos, incompletos todos y sin aliño, como suelen serlo las *toilettes* de provincia, en donde unos por otros llegan á no vestirse y á escatimar el valor de un par de guantes, concordaba con el descuido de los Cruchot. Los grassinistas y los cruchotinos acaso no estaban acordes mas que en este punto.

Asi que el parisiense tomaba su lente para examinar los singulares accesorios de la sala, las vigas del techo ó los puntos que las moscas habian dejado en las paredes, que habrian bastado para puntuar toda la Enciclopedia metódica y el Monitor, en seguida levantaban la vista los jugadores y se lo miraban con tanta curiosidad, como habrian mostrado para ver la jirafa. (11) M. de Grassins y su hijo, á quienes la figura de un jóven á la moda no era

desconocida, participaron no obstante de la admiración de los demás, ya porque espermentasen la indefinible influencia del sentimiento jeneral, ó bien porque lo aprobasen diciendo á sus compatriotas con miradas llenas de ironía:

— Ved ahí *como son en Paris todos ellos.*

Por otra parte cada cual podia observar á Carlos á sus anchuras sin miedo de disgustar al amo de casa. Este se hallaba absorto en la lectura de la larga carta que acababa de recibir, y para leerla habia tomado la única luz que habia sobre la mesa sin cuidar de sus huéspedes, ni de su diversion:

Eugenia á quien un tipo de semejante perfeccion, ya en el trage ó bien en la persona era enteramente desconocido, creyó ver en su primo á una criatura bajada de alguna region seráfica. Respiraba con delicia el perfume que ecalaba aquella brillante cabellera tan graciosamente rizada, habria querido poder tocar la blanda piel de sus guantes de cabritilla, envidiaba la pequeñez de las manos de Carlos, su color, su frescura y la delicadeza de sus facciones. Por último, si es que esta comparacion puede abarcar las impresiones que el jóven elegante produjo sobre una jóven sencilla, ocupada siempre en zurcir medias y remendar camisas, que habia pasado la vida bajo de aquellos viejos artesones, sin ver pasar por la calle, mas que á una persona por hora: la vista de su primo hizo sentir á su corazon las emociones de

delicada voluptuosidad que causan á un jóven las fantásticas figuras de mujer dibujadas por Westall en los Keapseakes (8) ingleses y gravadas tan habilmente por los Finden, que se teme soplar sobre la vitela, de miedo que desaparezcan aquellas celestiales apariciones.

Carlos sacó de su bolsillo un pañuelo bordado por la gran señora que viajaba en Escocia.

Al ver Eugenia aquel hermoso trabajo hecho por el amor durante las horas perdidas por el amor, miró á su primo como para saber si en realidad iba á servirse de él. Las maneras de Carlos, sus jestos, su modo de tomar el lente, su afectada impertinencia, su desden por el cofrecillo que tanto placer habia causado á la rica heredera y que él encontraba evidentemente ridículo ó sin valor; en fin todo lo que sorprendia á los Cruchot y á los Grassins le gustaba á ella tanto, que antes de dormirse debió soñar largo rato con aquel *fenix* de los primos.

Los números de lotería se sacaban ya muy lentamente, pero luego se detuvo el juego. Entró Mariana y dijo en alta voz:

— Señora, será menester sacar sábanas para hacer la cama á ese caballero.

La señora Grandet se levantó, siguió á Mariana, y la de Grassins dijo en voz baja:

— Dejémonos de jugar y guardemos nuestros sueldos.

Cada cual tomó los dos suyos en el platillo donde los habian puesto y la reunion se removió en masa, y acercóse al fuego.

—¿Han acabado ustedes ya? dijo M. Grandet, sin dejar la carta.

—Si, si, respondió la señora de Grassins yéndose á sentar cerca de Carlos.

Eugenia movida por uno de aquellos pensamientos que nacen en el corazon de las jóvenes, cuando por primera vez se abriga en él un pensamiento, salió de la sala para ir á ayudar á su madre y á Mariana. Si la hubiese ecsaminado un confesor hábil, le habria confesado sin duda que no pensaba ni en una ni en otra, sino que estaba acosada por un gran deseo de inspeccionar el cuarto de su primo, para ocuparse de Carlos, para colocar cualquier cosa, para prevenir un olvido, preveerlo todo, y hacerlo tan elegante y conforme como fuese posible. Eugenia se creia ya la única capaz de comprender los gustos é ideas de su primo.

En efecto, llegó bien á sazón para probar á su madre y á Mariana, que pensaban haberlo hecho todo, que aun no habian hecho nada. Empezó por advertir á Mariana, que era menester calentar la cama; cubrió por sí misma una mesa vieja con un tapete, encargando á Mariana que lo cambiase todos los dias; hizo ver á su madre la necesidad de encender un buen fuego en la chimenea, y

determinó á Mariana á que sin decir nada á su padre, dejase un buen monton de leña en el corredor. Fuese luego á buscar en una rinconera de la sala un plato de antigua laca, que provenia de la sucesion del difunto M. Bertelliére, tomó igualmente un vaso polígono de cristal, una cucharita mal dorada, un flasco antiguo en que habia grabados unos amores, y lo puso todo triunfalmente sobre la chimenea hácia un rincon. Mas ideas le habian ocurrido en un cuarto de hora que desde que estaba en el mundo.

—Mamá, añadió luego, mi primo no podrá soportar el olor de una vela de sebo; no valdria mas que comprásemos otra de cera!

Y fuese lijera como un pájaro á sacar de su bolsillo la moneda de cinco francos que habia recibido para sus gastos en aquel mes.

—Toma, Mariana, ve corriendo.

—Pero! qué dirá tu padre! Esta terrible objeccion la opuso madama Grandet, viendo á su hija que tenia en la mano un azucarero de porcelana de Sevres, que M. Grandet habia adquirido del castillo de Froidfond.

—¿Y de donde sacarás el azúcar? ¿Estás loca?

—Mamá, donde Mariana compre la vela, podrá comprar tambien azúcar.

—Pero, y tu Padre?

—Y estará muy bien que su sobrino no pueda beber un vaso de agua azucarada? Por otra parte tampoco lo advertirá.

—Tu padre lo ve todo, dijo madama Grandet sacudiendo debilmente la cabeza.

Mariana dudaba, porque conocia bien á su amo.

—Pero ve, Mariana, puesto que hoy es mi fiesta.

La criada soltó una carcajada al oír la primera pulla que habia dicho la señorita, y obedeció.

Mientras que Eujenia y su madre se esforzaban en adornar el cuarto que M. Grandet habia señalado para su sobrino, Carlos era el objeto de las atenciones de madama de Grassins, que le iba trampeando.

—Mucho valor tiene V., caballero, para dejar los placeres de la capital, durante el invierno, y venirse á habitar en Saumur. Pero sino le hacemos á V. mucho miedo, verá que aqui aun puede divertirse. Y lanzóle una verdadera mirada de provincia, donde por costumbre, ponen las mujeres tanta reserva y modestia en sus ojos, que les comunican la golosa concupiscencia particular á los de los eclesiásticos, para quienes todo placer parece un robo ó una falta.

Carlos se encontraba tan fuera de su lugar en aquella sala, y tan lejos del vasto castillo y de la faustuosa ecsistencia que habia atribuido á su tío, que mirando con atencion á madama de Grassins, vió por último una imájen medio borrada de las figuras parisienses. Respondió con gracia á la especie de invitacion que se le dirijia, y entró naturalmente en una conversacion, en la cual madama de Grassins bajó gradualmen-

te la voz, para ponerla en armonia con la naturaleza de sus confidencias. Ecsistia entre ella y Carlos una misma necesidad de confianza; y así, pasados algunos momentos de coqueta locuela y serias chocarrias la diestra provinciala, pudo decirle, sin creer ser advertida de las otras personas, que hablaban de la venta de los vinos, de que se ocupaba entonces todo Saumur:

—Caballero, si V., quiere honrarnos con sus visitas, nos dará tanto gusto á mi marido como á mi. Nuestro salon es el único en Saumur donde se reúne el alto comercio y la nobleza: pertenecemos á las dos sociedades, que no quieren encontrarse mas que allí, porque solo allí se divierten. Mi marido, lo digo con orgullo, se halla tan bien considerado por unos como por otros; y todos procuraremos divertir el fastidio que deberá causarle á V. su permanencia aquí. Si no saliese V. de casa de M. Grandet, ¡ay Dios mio! donde iria á parar? Su tío de V. es un mezquino, que no piensa mas que en sus viñas, su tia una devota que no sabe atar dos ideas, y Eugenia una boba, sin educacion, ordinaria, sin dote, y que pasa su vida remendando trapos.

—No es mala esa mujer, pensó Carlos Grandet, respondiendo á los melindres de madama de Grassins.

—Paréceme, mujer, que quieres conquistar á ese caballero; dijo el alto y gordinflon marido de la chismosa.

A tal observacion, el notario y el presidente cambiaron palabras mas ó menos maliciosas; pero el abate les miró á entrambos y reasumió todos sus pensamientos, tomando una pizca de tabaco y ofreciendo su caja á los demas:

— Quien mejor que V., señora, podria hacer á ese caballero los honores de Saumur?

— Hola! señor abate, ¿como lo entiende V. eso? preguntó M. de Grassins.

— Yo lo entiendo, caballero, en el sentido mas favorable para V., para su esposa, para la villa de Saumur y para ese caballero, añadió el astuto anciano volviéndose á Carlos.

Como si no prestase atencion, el abate Cruchot habia adivinado todo lo que habian dicho Carlos y madama de Grassins.

— Caballero, dijo por último Adolfo á Carlos, con un aire, que el hubiera querido hacer garboso, yo no sé si V. se acordará de mí. Tuve el gusto de estar cara á cara con V. en un baile que dió el Mariscal Oudinot y...

— En efecto, caballero, me acuerdo muy bien, respondió Carlos, sorprendido de verse objeto de la atencion jeneral.

— Este caballero es vuestro hijo? preguntó á madama de Grassins.

El abate miró maliciosamente á la madre.

— Si señor, respondió ella.

— Muy jóven era V. cuando se hallaba en París.

— Que quiere V., dijo el abate, les enviamos á Babilonia, luego que están medrados.

La de Grassins ecsaminó al abate con una mirada de estraña penetracion.

— Es necesario habitar en las provincias para hallar mujeres, continuó, de treinta y mas años, tan frescas como esta señora, despues de haber tenido hijos, dentro de poco licenciados en derecho. Paréceme todavia ver á V. en aquel tiempo en que los jóvenes y las damas se subian en las sillas para verla dansar en el baile, madama, añadió el abate, volviéndose á su adversario hembra. Para mí, los adelantos de V. son de ayer...

— ¡Oh, viejo malvado, se decia interiormente madama de Grassins, como lo adivina!

— Paréceme que voy á llamar toda la atencion de Saumur, pensaba Carlos desabotonándose la levita, metiendo la mano en su chaleco, y echando una mirada á través de los espacios para imitar la postura dada á Lord Byron por Chantrey.

La distraccion, de M. Grandet ó por mejor decir, la meditacion en que le habia metido la lectura de la carta, no se escapó ni al notario, ni al presidente que trataban de conjeturar el contenido por los imperceptibles movimientos de la cara del tonelero, entónces bien iluminada por las dos velas. El viejo avaro mantenía dificilmente la calma habitual de su

fisionomía. Por otra parte, cualquiera podrá figurarse el afectado continente de M. Grandet, despues de haber leído la fatal carta que sigue.

QUERIDO HERMANO:

Veinte y tres años hará luego que no nos hemos visto. Mi matrimonio fue el motivo de nuestra última entrevista, despues de la cual nos separamos alegremente uno de otro. En verdad que no podía preveer que tu debías ser un día el único sosten de la familia por cuya prosperidad anelabas. Cuando hayas recibido esta carta yo no ecsistiré ya. En la precision en que me he hallado, no he querido sobrevivir al deshonor de una bancarrota. Me he sostenido á orillas del precipicio mientras me ha quedado esperanza de sobrenadar. Ahora ya es preciso caer. Las quiebras reunidas de mi ajente de cambios y de mi notario me quitan los últimos recursos sin dejarme nada. Tengo el dolor de deber cerca de tres millones sin poder ofrecer, de activo, mas del ocho por ciento. Los vinos que tenia almacenados experimentan ahora la ruinoso baja que ocasionan la abundancia y cualidad de vuestras cosechas. De aqui tres dias se dirá «M. Grandet era un pícaro!» Me envolveré en medio de mi propiedad con una mor-

taja de infamia. Robo á mi hijo un nombre que le mancillo y la fortuna de su madre; ese desgraciado jóven á quien idolatro, nada sabe todavia. Nos hemos despedido tiernamente y él ignoraba por fortuna que las últimas horas de mi vida se apuraban en aquel adios. Si llegará á maldecirme algun dia? Hermano mio! hermano mio! la maldicion de nuestros hijos es espantosa: ellos pueden apelar de la nuestra; pero la suya es irrevocable. Grandet tu eres mi hermano mayor, me debes tu proteccion, haz que Carlos no pronuncie ninguna palabra amarga sobre mi tumba! Hermano mio, si te escribiese con mi sangre y con mis propias lágrimas, no habria tantos dolores como pongo ahora en esta carta, porque lloraria, derramaria sangre, moriria, y en este momento sufro y veo la muerte con los ojos enjutos. Héte ahí padre de Carlos. Este no tiene parientes por el lado materno, ya sabes porqué. ¿Por qué no obedecí á las preocupaciones sociales? por que cedí al amor? por que me casé con la hija natural de un gran señor? Carlos no tiene ya familia. ¡Oh, desgraciado hijo! ¡hijo mio! Escúchame, Grandet, no te imploro por mí; pues acaso tus bienes no son bastante considerables para soportar una hipoteca de tres millones. Pero, al acordarme de mi hijo, sábelo bien, hermano mio, se han plegado mis manos suplicantes, pensando en tí. Grandet, al morir te confio mi Carlos, y miro sin dolor mis pistolas al pensar que tú le ser-